

«Señores jurados:

«Yo, que vengo aquí, en mi piadoso dolor, en nombre de una familia sumida en el luto, á mezclarme en el primer acto de esa trilogía fúnebre que ha de seguir al crimen de Chamblas, tengo que cumplir aquí deberes austeros. Encargado por vez primera de desempeñar una misión distinta de la noble y generosa de la defensa, no he podido vestirme la toga del acusador sin estremecerme. He comprendido perfectamente que hoy mas que nunca debía cuidar de no formar mis convicciones sino en medio de un santo recogimiento, que me era preciso guardarme de esos impulsos del corazón: la razón tímida, la razón inquieta, la razón que tiembla antes de decidirse, debía presidir á mis deliberaciones interiores. Por eso he aguardado hasta este último momento; pero en esta hora solemne en que, después de prolongadas reflexiones, vengo á pedir la sentencia de un acusado, mi conciencia está firme, ha cesado toda vacilación, y pido á vuestra justicia lo que me hallaría dispuesto á hacer si estuviese sentado al lado vuestro.

«Cuando se ha cometido un crimen, la justicia procura descubrir al delincuente; pero, ¿cuántos obstáculos no ha de encontrar para alcanzar á aquel que ha meditado cuidadosamente su mala acción y lo pone todo en juego para librarse de la reparación que debe á los hombres? En vuestras comarcas sobre todo, señores jurados, todo parece ser un obstáculo para las investigaciones de la justicia. Los valles profundos, las angostas gargantas, las rocas escarpadas, esos bosques poblados, toda esa naturaleza sombría y vigorosa, parece que protegen al asesino, que le suministran emboscadas para cometer su crimen y retiros para ocultarle. La conciencia de los testigos, mas profunda que los valles mas profundos, mas inaccesible que esas rocas escarpadas, mas misteriosa que los bosques sombríos, acude también á ayudar al delincuente. En estas comarcas de fáciles venganzas, el miedo contiene las revelaciones, y no hay circunstancia en que no hayais tenido que deplorar alguno de esos perjurios que oscurecen la verdad y estravian á la justicia.

¿Pero qué no sucederá cuando alguna protección elevada y misteriosa llega á rodear al acusado, cuando la seducción se une al acto de atemorizar? ¡Oh! entonces es preciso perder la esperanza, ó al menos condenarse á no conocer la verdad sino lentamente, al través de dificultades que renacen sin cesar.

«Por eso han transcurrido dos años desde que M. de Marcellange duerme en el sepulcro, con el corazón atravesado por dos balazos. Y su familia no ha podido hacerle todavía funerales dignos, y las declaraciones falsas se han alzado constantemente entre ella y el asesino! Esperaban desalentarnos, y nos han fortalecido en nuestra piadosa resolución. Venimos á pedir justicia contra el falso testimonio, como la hemos pedido contra el asesinato.

«¿Qué es el falso testimonio? dice el abogado. Preguntádselo á vuestra conciencia. Un testigo ha contraído el compromiso solemne de decir la verdad.

la verdad entera. Debe manifestar á la justicia cuanto sabe, cuanto ha visto, cuanto ha oído. Si oculta una parte de ello, viola la religión del juramento, profana la sagrada majestad de la justicia, comete un falso testimonio.

«¿Ha ocultado Arzac, con mala intención, las cosas importantes que sabe? Sí. Sigámosle por entre sus incompletas revelaciones, por entre sus audaces mentiras.

«Antes del crimen se hallaba poseído de singulares preocupaciones. Todo anunciaba que había recibido alguna confidencia siniestra, que habían depositado en su pecho un secreto que le pesaba; esa *cosa enorme* de que habló á Pedro Maurin. «Mucho temo que á M. de Marcellange le suceda algo que no sea muy bueno.» Esto dijo á Mateo Maurin un año antes del asesinato.

«Cometido ya el crimen, Arzac sabía mas que nadie. Se habló de veneno y se despertó su inquietud. —«¡Oh! ¡entonces malo va...!» dijo.—«Sé una cosa, dijo á una niña, á María Badiou, pero no me la harán decir por fuerza.» Tenía miedo, y esto le impedía que hablase.—«Yo diría lo que sé, dijo á Pedro Maurin, pero tengo miedo de que me maltraten.» En la cárcel se lo repitió á Santiago Soulon y á su padre:—«Diría lo que sé si no fuera porque tengo miedo á Besson y á sus hermanos.» Luego, temiendo haber dicho demasiado, reconvino á su padre porque había revelado á la justicia aquel desahogo involuntario de su alma.

«A la misma justicia, al sargento Faure, hace también semi-confidencias. «Si quisiesen asegurarme una colocación, diría cuanto sé.» Pero muy luego se detiene aquel buen impulso, se despiertan los malos sentimientos. Nada sabe, ó nada puede decir todavía.

«¡Ah! ¡según eso sabéis algo, Arzac! ¿Y qué sabe? Lo que ha dicho á varias personas; que le propusieron envenenar á su amo. Todo lo ha indicado, la víctima, el autor de la proposición, el precio, el veneno, la vasija que lo contenía. Hoy rechaza con negativas los testimonios relativos á eso; pero en cuanto al del honrado Hostein; vencido por la firmeza de este, ha confesado, si bien luego se ha esforzado para explicar sus palabras. Ahora bien, esto lo hizo de dos maneras diferentes: tan pronto aludía á Chabrier, que era quien decía que había recibido la proposición homicida, como afirmaba que solo habló así por hacer *coro* á Hostein, quien prorrumpía en injurias contra M. de Marcellange.

«¡Injurias! ¡cuando Hostein no cesa de hacer elogios de la caridad de la víctima. ¡Ah! ¡vuestra explicación flaquea por su base! ¡No era *coro* lo que haciais, no! Dejábais escapar á pesar vuestro una chispa del fuego que os devoraba. No se lleva impunemente en sí un pensamiento de asesinato; para las almas llenas de proyectos culpables es una necesidad desahogarse en otras almas, y obedeciais á esa necesidad!

«¿No repitió, por ventura, la frase del *caldo blanco* y de los 600 francos, á Antonio Perrin? Una broma, dice. ¡Broma fúnebre! ¡Y qué precisión tan